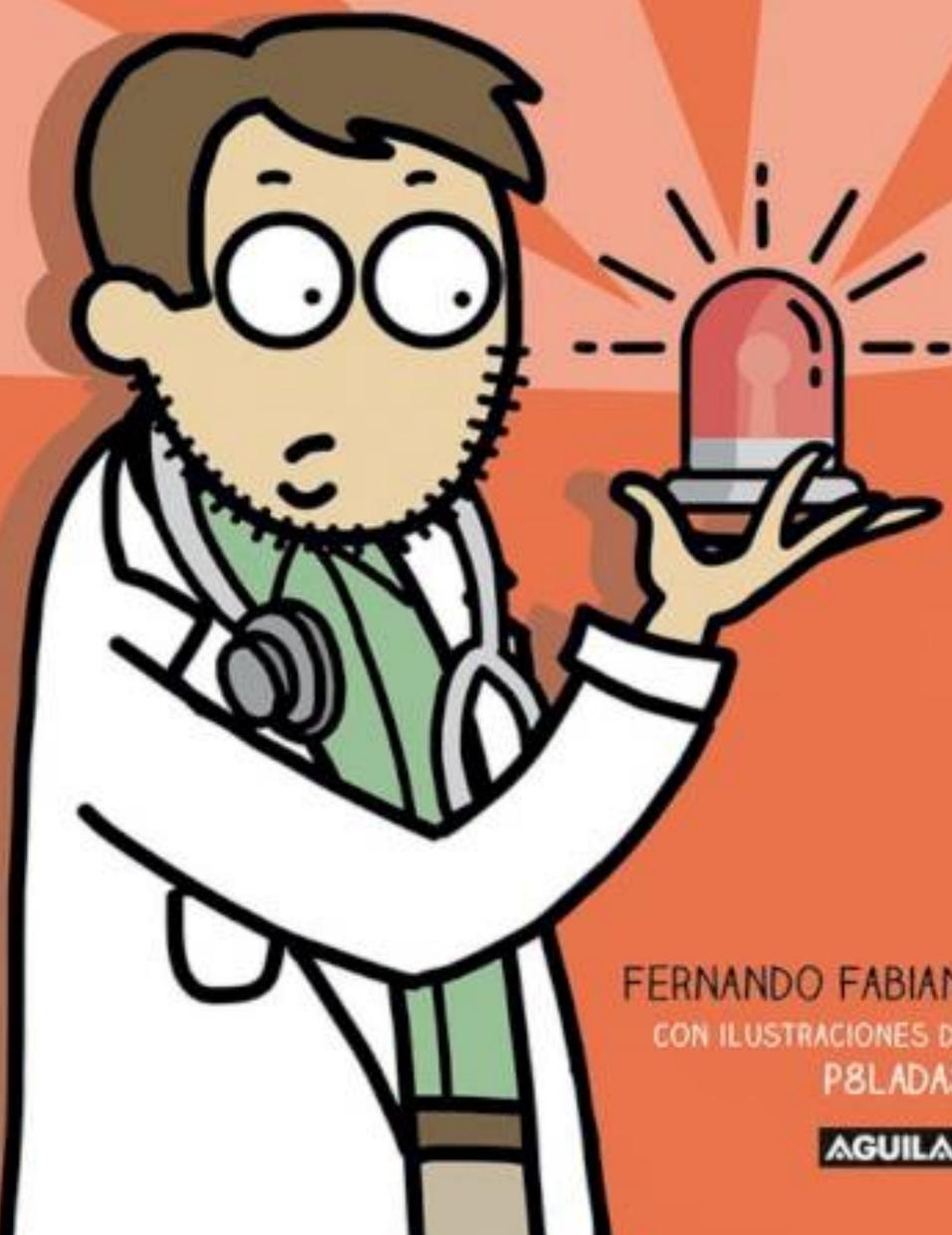


Vengo de Urgencias



FERNANDO FABIANI
CON ILUSTRACIONES DE
P8LADAS

AGUILAR

Vengo de Urgencias

FERNANDO FABIANI

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A las mujeres de mi vida

No me mires mucho, que me vas a encontrar algo

SABIDURÍA POPULAR

PRÓLOGO

YO TE DIGO MI VERDAD

Mira, niño, yo te escribo el prólogo, pero no me vayas a tocar ni una coma, que seguro que a Manu Sánchez no le retocaste nada. Ya lo sé, él tiene mucha gracia, pero yo soy tu madre y madre no hay más que una.

Párate un poco, hijo, que te va a dar algo. Que estás muy canijo y solo se te ve cabeza. No vaya a ser que se te suba la tensión. Que los infartos dan más de estrés que de comer. Entre la consulta, el teatro, que no paras, las charlas esas que das (que a ver si me invitas a alguna, que yo te vea allí desde el fondo, que yo no digo a nadie que soy tu madre), las entrevistas, los vídeos y ahora los libros, es que no descansas nada. Duerme, que vas a acabar arrugado como tu madre. Hablando de vídeos, en esos vídeos que grabas parece que se te van a salir las bolas de los ojos. ¡Lo que te pareces a tu madre, *joío por culo!* Eso me dicen. «Es clavaíto a ti». Yo no nos veo tan parecidos. Pero eso me dicen. ¡Para un poco! De verdad, que tienes que tener el cuello como una piedra. ¿Te doy unos pellizcos en el cuello para relajarlo? Como cuando estabas todo el día estudiando en el cuarto. A todas horas que pasaba por la puerta estabas ahí con el cuello para abajo. ¡Qué angustia! Todo el día estudiando. ¿Te acuerdas, que iban tus hermanos chicos para ver si jugabas con ellos? Bueno, eso era antes, cuando estabas en el colegio, que ellos eran chicos. Todo el día estudiando con esa cabeza para abajo. «No me lo sé bien». Y yo sufriendo y poniendo velas. «¿Cómo te ha salido el exa-

men, hijo?». «No lo sé» y yo «¡Cago'n la leche!», y al final ¡una pedazo de nota!

Oye, que a ver qué cuentas de mí en el libro. Porque tú cuentas las cosas como tú crees que fueron, pero yo te digo mi verdad... Tan feo no eras de chico. No vayas a poner eso. Era solo que la gente tenía muy mala idea y para cotillear y verte no iban a venir. ¡Qué gordo eras! Se te salía la lengua de la boca y yo te la metía para dentro con el dedo. Te puse a plan con meses. Qué tragón. Qué grande. Me decían: «Pero eso ¿cómo ha podido nacer de ti?». Y yo tan canija, que me veía tu abuelo y me decía: «Hija, que se te va a caer el brazo con esa cabeza». ¡Qué cabezón tenías! Bueno, y tienes, tienes un buen melón. Y tu hermana. Y yo también tengo un buen melón. Lo que pasa es que a las mujeres se nos disimula más. Pero tú tranquilo, que eso adorna. Que una cabeza chica en un hombre queda fatal.

Y con esa cabeza que tienes, tú tienes que estudiar lo mío. Porque romperse una vértebra riéndose, eso solo le pasa a tu madre. Porque la otra vez que me caí en mitad de la cocina pisando el meado del King —vaya el perro ese, si no era malo, que se iba de casa y aparecía a los tres días después de haberse cogido a todas las perras de la urbanización—, esa vez sí que pegué un buen jardazo que no podía ni respirar. Qué dolor más malo. No podía ni llamar a tu hermano, que estaba acostado, que tú estabas de guardia ¿te acuerdas? Pues esa vez vale, pero ¿la de la risa? ¿Ya no me puedo ni reír? No vayas a poner eso en el libro. Yo tengo que tener los huesos hechos una mierda. Claro, que es que he sido siempre tan canija... Cuando yo vivía en la plaza de Pilatos, ¡no lloraba yo na! Tan canija. Sentada en el balcón: «Yo quiero un napolitaaaaaano». Esos eran los helados de crema, los otros, los de hielo eran los Pochicle. «Yo quiero un napolitaaaaaano» y no me lo compraban. Vamos, que era muy canija, pero yo he sido muy mona. ¿Te acuerdas de la foto esa que tengo encima de la cómoda? Con

esa carita... Y no ahora, que estoy más arrugá... Pues eso, que a ver si me estudias. Y no me vengas con la tontería esa de que no puedes ser mi médico porque soy tu madre. Que siempre estás con lo mismo. Aunque luego, la verdad es que cuando me pongo mala ahí estás. Como la vez aquella que me revoleó uno cuando me quiso robar el bolso. ¿Te acuerdas? ¡Qué chichón! ¡Cómo se me puso la cara, por Dios! Yo es que me tiraron del bolso y salí volando detrás. Que al final ni se lo llevaron ni na. Pero es que entonces estaba yo más canija que ahora.

Claro que en mi casa gordo no ha habido nadie. ¡Qué buen tipo tenía tu abuelo! ¡Y qué te parece tú al abuelo! ¿No viste la foto que te mandé por WhatsApp que me mandó tu primo? Eres clavaíto a tu abuelo de joven. ¡Y lo listo que era tu abuelo! ¡Don Julián! Todos lo querían. El pobre, que estuvieron a punto de matarlo en la guerra y luego lo metieron en la cárcel los alemanes creyendo que era judío. Pues a tu abuelo, en las huelgas de alumnos que hacían en la universidad, que tiraban piedras y todo, era al único que los estudiantes lo dejaban pasar... Es que era muy bueno. Muy humano. Qué importante es la humanidad. Te lo vengo diciendo de toda la vida de Dios. Si eres médico pero no eres humano, no eres buen médico. Por eso me gusta cuando la gente habla bien de ti y dice que eres muy humano. Ahora a ver si yo encuentro un médico como tú para mí. Como tú no quieres serlo...

¿Cómo? ¿Que tengo que escribirte el prólogo sin leer el libro? ¡Muérete, que vienen los vikingos! Pero eso ¿cómo va a ser? Pues entonces no sé de qué hablar. Yo no te lo escribo y punto pelota.

SU MADRE

VINE DE URGENCIAS

Me llamo Teodoro Jarcia, Teo para los amigos, Teodoro para mi madre, doctor Jarcia para algunos pacientes, don Teo para la mayoría de ellos y Chiqui para mi mujer, aunque acabo de cumplir cuarenta y dos años.

Soy médico de familia; tras varios años trabajando en urgencias hospitalarias decidí ejercer mi profesión en la atención primaria, con mis pacientes, para los que soy «su médico», el de toda la vida.

Y sí, yo también puedo decir que vine de urgencias. Y cuando digo vine, me refiero a que vine a este mundo. Porque sí, nací de urgencias, sin avisar, como la mayoría de nosotros. Quizá eso explique la afición de muchos ciudadanos de acudir a los servicios de Urgencias a las primeras de cambio, que lo hemos aprendido desde *chiquetitos*. Lo que no es tan habitual es venir disfrazado de empacho de melón. Y es que eso fui yo. Un empacho de melón. Tal vez de ahí mi generoso diámetro craneal, que no hay gorra que me quede bien (por favor, señores fabricantes, los cabezones precisamente somos los que más zona tenemos que proteger del sol, del frío... Fabriquen gorras y gorros de nuestras tallas. Gracias). Mi madre se cenó un melón de una sentada, es lo que tiene estar a punto de explotar en pleno verano en Sevilla, que el cuerpo solo te pide cosas frías. Al día siguiente, empezó con algún dolor de barriga, como un retortijón (se había pasado con el melón, ¡claro!). Y aprovechando que era su cumpleaños se fue a dar un paseo al

fresquito (cuando en Sevilla en verano alguien dice que ha ido a pasear «al fresquito» es que ha ido a pasear por El Corte Inglés), melón para arriba, melón para abajo... Y tras un día y una noche de retortijones e insomnio, vine al mundo. Llorando como un berraco, cuando me dio la gana, sin avisar, simulando ser un empacho de melón y guapo, muy guapo. Tanto que, nada más nacer, cuando a mi madre le abrieron un ojo para que me viera aún bajo los efectos del sedante de moda me recibió con un: «¡Uy, qué cosa más fea!»[\[1\]](#).

Como verás, vine al mundo de urgencias y por la puerta grande...



1

ESTOY DE GUARDIA

Cuando la noche sin dormir no es por gusto

Las noches se han hecho para dormir, aunque, curiosamente, las noches de las que guardamos mejor recuerdo suelen ser aquellas en las que no hemos pegado ojo, ya sea por haber estado de fiesta con amigos, de maratón de *Star Wars* o la clásica noche continua de sexo desenfrenado (quien dice una noche dice una siesta cortita). Los médicos tenemos noches marcadas en rojo en el calendario en las que sabemos que dormir, dormiremos poco: las guardias.

¿Por qué hacemos guardias? Porque estamos obligados. Siempre. Unas veces porque nuestro lugar de trabajo implica esa obligatoriedad de pasar una noche atendiendo «lo que surja». En otras ocasiones lo que nos obliga es la hipoteca de la casa, el préstamo del coche o la universidad de los hijos..., porque la realidad del médico español es que un tercio de su sueldo es debido a esas horas de guardia. Y, en otras ocasiones, estás obligado simplemente porque «es lo que hay» y cuando estás en tus inicios y eres un sustituto las guardias son como las lentejas, que o las haces o lo dejas (el contrato, claro)[2].

LA ROPA DE GUARDIA: EL PIJAMA

Llámale ironía del destino, llámale guasa de la RAE, la ropa que vistes durante las guardias en las que el descanso suele brillar por su ausencia y calidad se llama «pajama». Los pi-

jamás los hay de muchos colores (los más habituales son blancos y verdes, también celestes e incluso rosas o amarillos), nuevos o desgastados y con más guardias que una mili, personales y bordados con tu nombre o de uso comunitario, de tela o de papel para «usar y tirar»...

¿Sienta bien el pijama? Pues depende como siempre de con qué lo compares. Yo creo que en general el pijama tiene su punto sensual, que no deja de ser un pijama ¡caramba!... Ahora, es que hay personas a las que nada les queda bien. Pues a esas personas el pijama tampoco. Y hay otras de las que piensas «¡cómo le sienta el pijama!» y cuando, tras decenas de guardias juntos, la ves arreglada un día para salir por ahí te das cuenta de que el pijama no le hacía justicia. Que, por cierto, el pijama es un poco como las gafas de Clark Kent, que son una tontería pero que sin ellas Lois Lane no lo reconoce. Más de una vez (y más de veinte o treinta) me he cruzado por la calle con alguien que me ha saludado o sonreído y a quien he devuelto una sonrisa de ascensor sin tener ni idea de quién era hasta que mentalmente le he puesto un pijama del hospital y, ¡zas!, se aclaró la duda, un cirujano general del hospital.

Pero los pijamas, aun siendo iguales, permiten cierto margen de personalización, como los uniformes escolares. Hay quien se abrocha más o menos botones para dejar ver menos o más de lo que hay debajo. Quien lo adorna con algún tipo de pin o broche de fieltro (y quien lleva el pijama que parece un expositor de una tienda de recuerdos para turistas). Quien elige el zueco clásico blanco de puntitos, opta por el calzado tipo zapato de deporte más cómodo que otra cosa y quien se lanza al apasionante mundo del zueco de color combinado con más o menos acierto con calcetines de rayas, dibujos y colores variados... Incluso quien va con el pijama y los mocasines o zapatos negros de cordón, que, mire usted, como que no.

Cuando entré como residente, uno de los primeros trámites era ir a encargar y después recoger tus pijamas. Era una entrega que tenía algo de especial por lo simbólico. Solo faltaban las fanfarrias, te estaban haciendo entrega de tu uniforme de batalla. En concreto, dos pijamas blancos y una bata. ¡Incluso te bordaban tu nombre a mano con letra de cartilla Rubio! (Realmente me estoy haciendo mayor). Por entonces, la encargada de lencería era toda una institución, pese a no superar el metro treinta de altura, y tenía más poder que el gerente del hospital, por lo que me recomendaron encarecidamente que fuera atento y cariñoso con ella o iría vestido como un fantoche toda la residencia... Siempre fui con el pijama bien planchado (aprendí bien la lección) salvo el día que se levantaba con mal pie; ese me tenía que cerrar la camisa con esparadrapo y anudar el pantalón, tres tallas mayores que la mía, dando vueltas a las cintas como si atara un saco de patatas... Vamos, que iba que parecía el señor Barragán (si tienes menos de treinta años, busca señor Barragán en Google o repasa las últimas entregas de *Torrente*).

LA COMIDA DE GUARDIA

Las comidas de los sanitarios en las guardias de los centros de salud están organizadas de formas muy variables. Desde algunos que las tienen concertadas con algún bar de la zona (Bar Manolo, Casa Paco, Cafetería Avenida...) a donde acuden a comer (es lo mejor que te puede pasar con diferencia, pero está como el lince, en peligro de extinción) a otros que te reparten la comida para almacenarla en la nevera y comerla recalentada ese día o en los siguientes, pasando por los que, directamente, no te dan de comer. En estos últimos casos, estás abocado a ir cargado de *tuppers* para mantenerte alimentado esas veinticuatro horas, o bien ponerte de acuerdo y pedir unas pizzas (algo que con frecuencia te ves obligado a hacer también cuando sí te llevan comida..., pues hay algunas que harían vomitar a una cabra[3]).

De la comida en el hospital no voy a decir gran cosa porque todo el mundo ha comido alguna vez en una cafetería de hospital. Pues la cafetería de personal es igual, pero llena de batas. Es cierto que, en un acto de generosidad poco habitual con sus trabajadores, lo normal es que no te hagan pagar por la comida y cena que haces estando de guardia. Te dan un tique o similar y con él tienes derecho al rancho del día. Normalmente, cuando comes allí las primeras veces suele gustarte (¡la novedad!), te parece abundante, te lo ponen por delante sin tener que cocinarlo tú y además es uno de los pocos (únicos) momentos de la guardia en los que puedes desconectar y pensar que eres una persona normal que está comiendo mientras charla tranquilamente con sus compañeros. Al cabo de varias guardias pides siempre lo mismo y no entiendes cómo alguna vez te pudo gustar lo que sirven allí.

Un personaje sin duda digno de comentar es el camarero resabiado de cafetería de hospital. Suele tener barba de tres días (que rompe el mito de lo atractivos que nos hace a los hombres la barba de tres días), cara de técnico de lavadoras portugués, barriga prominente y una camisa (que debió de ser blanca en algún día y se ha tornado color dedos de fumador de Winston del águila) que lleva, siempre, un pico colgando por fuera con varias manchas de grasa y una de vino tinto y el otro pico dentro del pantalón de pinzas negro, abrochado con cinturón marrón en un agujero extra (el tercero) hecho con el abrebotellas de vino. En el pelo puede haber variantes, pero lo más común es la frente amplia que se extiende hasta la coronilla y que trata de cubrir con pelos laterales que lleva hacia arriba desde su nacimiento por encima de la oreja. Dientes parece tenerlos todos, pero descubres que no cuando sonrío (puedes tardar cuatro meses en darte cuenta de que le falta una pieza) y suele tener gotas perladas de sudor que limpia con la manga de la camisa.

Sí, como habrás imaginado, acabo de describir a uno muy concreto (casi un retrato robot), por lo que si conoces a alguno que tenga ese aspecto (que es probable) es pura coincidencia.

¿Sabes lo realmente triste de comer en las guardias? Cuando te toca guardia en Nochebuena o Nochevieja. De la sensación de soledad y desamparo que te genera estar allí cenando lejos de tu familia y amigos no voy a hablar, que seguro que alguno pensará que preferiría cenar con sus compañeros de trabajo que con su suegra y sus tres cuñados (eso te pasa por casarte con una mujer que tiene tres hermanas). Así que me centraré en la comida en sí. Y desde aquí un llamamiento a todos los encargados de catering que dan de comer a los sanitarios del país. Dejadlo, de verdad. Que no merece la pena. *No os metáis en na*. Es que al final quedáis peor. Porque ese intento de «cena especial» al final agrava el drama: en lugar de ensalada mixta, la misma ensalada mixta (la misma), pero con tres trozos de piña, una gamba medio cocida y encima una cucharada de salsa rosa, para llamarle ahora cóctel de mariscos (la ese de mariscoS suena a guasa: una gamba, una); un plato de chacinas variadas del que no saldría un bocadillo; un plato con tres gambas, tres, que no es que no sean de Huelva, es que no la han visto ni en fotos; un medallón de carne seca tirando a cuero envejecido (sí, parecido al que te dejas en las bodas pero —aún más— recalentado); y de postre, un plato con un trozo de turrón duro, un rosco de vino y un mantecado de coco.

De verdad que es imaginarme el menú y lloro más que con el anuncio de El Almendro.

LAS CAMAS DE GUARDIA

El lugar donde duermes si es posible, donde consigues dar ese *pestañazo* o cabezada, es muy variable. A veces te de-